

## ESTRELLA ERRANTE

(Andrés Escapa, Pablo)

No se sabía si la noche, aquella noche tan diáfana de enero, era más de la nieve, del hielo o de la luna, que los tres ardores porfiaban por dejar su lumbre blanca en las miradas. O así me pareció que ardían los ojos de mi madre, llenos de confianza cuando me hizo la encomienda, agachándose hasta dejar sus pupilas enfrente de las mías: había que llevar a casa de la tía una cazuela con peras en vino recién sacadas del hogar. Y aceptaba uno en el recado el prestigio de sentirse mayor pero sin renunciar al mimo de dejarse abrigar en el pasillo; y, de paso, de calzar unas madreñas en secreto, las de mi padre, tan grandes que meterse en ellas era como subir en góndola. Llevaba yo un encargo breve bajo el cielo inmenso y disfrutaba de esa licencia de la temprana edad que agranda los confines que se ofrecen a deshora. Porque la jornada, no más de cien pasos hasta su destino, era en fecha de milagros, que todo ocurría la víspera que detiene el curso de los astros por hacer de la noche un Oriente perpetuo donde soñar.

No hay camino, por corto que sea, sin su cordel de amenidades. Y yo hacía por reconocerlas a cada paso. Me entretenía en las licencias del aire azul, echando el aliento a confundirse con la helada. Llevaba el empeño de dibujar palabras con la respiración; hechas humo, subían a juntarse con la nube blanca de las chimeneas: que pudiera conocer yo los signos del prodigio, murmuraba, descubrir una huella insólita ante el portal de mi tía, y ya iba atisbando en la distancia la nieve inmaculada; acaso, me atrevía, un encuentro con aquellos señores del desierto, ellos y yo cruzándonos en nuestras embajadas. Pero pronto triunfaron afanes más concretos, madurados todo el año para hacerse verdad aquella noche: un balón, y ponía los labios muy redondos para decirlo, por ver pintada su figura en la niebla que salía de mi boca; un tren, y solo podía ser de vapor porque alargaba tanto la vocal que sostener su nombre sin ahogarme era un sofoco, como una caldera hirviendo; un arco, y se afilaba el aliento igual que una flecha que buscara su destino, cielo arriba, una... Recuerdo que iba sujetando los pasos, crujientes sobre la helada, por dar más cabida a los antojos antes de llegar al portal. Y enredado en algún punto de aquella retahíla me sorprendió un eco nuevo, distinto del que yo traía, pero tan cautivo como el mío de la ilusión. De pronto, eran cascabeles lo que llenaba la noche.

Me paré en medio de la carretera blanca y atendí a la oscuridad sonora. Del otro lado de la curva, perdido en sombras, llegaba aquel rumor alegre que en seguida se afirmó con el imperio de unas sólidas pisadas. Antes de que la luz amarilla de una farola revelara lo que traía la noche, supe que llegaba un caballo. Y envuelto en el bullicio de los cascos, preví al jinete. No era una noche cualquiera ni mis plegarias fingidas. Entregado a la premonición, temí que se hicieran ciertos los deseos, que el mismo don Melchor apareciera cabalgando, cegador bajo la corona y severo con los testigos de su secreta epifanía. Busqué la acera y el amparo de su nieve amontonada. Más quería yo que brotaran allí montes de verdad bajo los que desaparecer al paso de la majestad de Oriente. A mi espalda, el ojo de la farola parecía haber nacido para delatar la senda de pisadas que iba yo dejando en mi carrera por refugiarme en lo oscuro. Las madreñas de mi padre me estorbaban, que las perdía a cada paso tratando de no encallarlas por los peales. Pero ya era tarde para acordarse de las botas que me ofreciera mi madre, aún calientes del horno. Acabé rodando por la nieve. Pegado a la pared de una casa, con el

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XX, 74 (septiembre-diciembre, 2014)

corazón latiendo en los oídos, pensé que la noche confundía los misterios y era yo el Mago que se espantaba del niño. Tales zozobras me invadían en aquel ardor ciego por ver y no ser visto.

La farola, volando por encima de los tejados para derramar su lágrima amarilla sobre la nieve, puso forma a la música que anunciaba la carretera. En su círculo de luz se revelaron por fin los cascabeles y haciéndolos sonar, el paso sonámbulo, la carne castigada y la osamenta bailona de Gaita, el caballo de Serafín el Basurero. Tambaleándose en la silla venía el amo, no sé si dormido, con su zamarra raída y sus botas de goma por encima de los pantalones de labor. Se cubría la cabeza con el serón de arpillera que usaba para cargar los cubos con la ceniza del carbón. Por el cuello mal cerrado del tabardo asomaban no sé qué extraños brillos, que también iban a escurrirse por la caída de la pernera, y protegiéndose las manos de la helada, había logrado sujetar un andrajo de tela con una vuelta de las riendas.

Desde las sombras, yo miraba con terror la presencia de aquella figura que se acercaba. Serafín el Basurero era la encarnación absoluta del mal y sus violencias. En un momento se atropellaron los miedos y cayó sobre mí, con un peso más grave que la noche y su intemperie, el recuerdo de las advertencias populares que pintaban al Basurero de insaciable vaciador de entrañas infantiles. Y a esa amenaza tantas veces escuchada se sumó el repaso de los cruentos oficios de Serafín, despellejador de perros y ahogador de gatos, cegador de jilgueros por dormirles el canto y hombre solitario entregado a toda suerte de sacrificios feroces en una casa, que, con justicia siniestra, estaba unida al cementerio. Aquella vecindad, que acaso hubiera elegido él por natural inclinación, le había valido el cargo de enterrador. Y entonces le recordé surgiendo de una fosa, la pala echada al aire por delante, en el entierro del señor Martín, nuestro vecino. Y seguí viéndole mientras gobernaba la maniobra de bajar el ataúd con una soga, un paso por delante de todos, dando instrucciones secas y agresivas, dueño absoluto de las voluntades, sucio y descuidado frente a la compostura de los reunidos para rezar por el muerto. Todos los miedos venían juntos, pero si había un espanto que lo trastornaba todo era estar viendo a Serafín fuera de horario, poseedor de otra vida que no transcurría bajo el sol, la vida que lo hacía coincidir en mi camino hacia la escuela, con Gaita y sus cascabeles tirando del carro mientras él volcaba la escoria de las cocinas en la caja y devolvía con desidia, cuando no de una patada, los calderos vacíos a la acera. Solía blasfemar entre la nube de polvo que dejaba en el aire la ceniza removida y, con los ojos aún llorosos, descargaba un varazo sobre el caballo, que se removía en un estremecimiento antes de andar, como si la costumbre de los palos le sorprendiera siempre desprevenido, quizá olvidado de las furias del amo.

Mas fue precisamente Gaita, aquel caballo sin memoria, el que se percató de mi presencia en una orilla. Cuando llegó a mi altura se detuvo y cabeceó mirando hacia el rincón en el que me ocultaba. Igual que si me saludase. Serafín pareció despertar, y erguido sobre la silla, escrutó las sombras. ¡Cuánto llameó a la luz de la farola, con más claridad que bajo el sol, la cicatriz perdida entre las barbas! Y el ojo de cristal. El Basurero miraba hacia mí con tal intensidad que hasta aquel cuenco opaco parecía arder para buscarme. Me sentí sin peso, como huérfano del mundo que me sujetaba. Y fue así como me despegué sin esfuerzo de la pared. Perdiendo una madreña, salí al encuentro del jinete paso a paso, incapaz de oír el sonido de mis pies hundiéndose en la nieve, atento solo a aquel hombre que en lo alto de un caballo abría y cerraba la boca como si devorase la noche.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XX, 74 (septiembre-diciembre, 2014)

Nunca supe qué palabras salieron de aquellos labios. «¿Qué hacemos ahí escondido?», o «ven aquí que te vea». Acaso una blasfemia. Pero yo me acerqué a Serafín como si lo hubiera estado esperando desde que el mundo es mundo para tenderle la cazuela con las peras. Me miró desde su altura con una fiereza, me pareció, algo sorprendida. Después lo vi inclinarse mucho sobre un costado, y palpase la ropa dejando caer las riendas antes de aventurarse a rebuscar en alguna hondura. Por un momento, temí que se viniese al suelo en la maniobra. Pero enseguida recobró la posición y empezó a alargar hacia mí una mano cerrada. Destapé yo la cazuela y el aliento tibio de las peras fue alzándose en el aire hasta encontrarse con un brillo que brotó del puño de Serafín, como una lengua de plata que se adelantara a los dedos. La navaja vaciló un momento en el aire, dudosa en su elección, antes de hundirse en la carne tierna de una fruta.

Serafín masticaba despacio, deleitándose en el bocado, beatífico en la trituración de cada grano. Con la boca aún llena, se recostó en la silla y cerró los ojos. Fue entonces cuando de verdad lo vi resplandecer.

Tenía él la cabeza puesta en las alturas y, como en una invitación aceptada, vino el firmamento a derramarse encima. Alguna memoria de estrellas le quedó en la frente. Giraban las constelaciones en el cristal del ojo falso, sin el estorbo de un párpado que las retuviera. Y, libres, corrieron a desbordarse por los senderos de la cara. La cicatriz fue un río de luces abriéndose camino entre las barbas y, más arriba, bajo el serón sucio de carbones, el pelo abrigaba una ilusión de chispas silenciosas que la luna y la farola mecían en su círculo. También la luz huía del pecho por las costuras. En medio de aquella fiesta de fulgores, se le fue aflojando la boca al Basurero y un diente de oro puso su brillo antiguo en la oscuridad. Por una comisura de los labios se escurría un hilo transparente de pera destilada.

Media docena de veces regresó la navaja a la cazuela, hasta que no hubo bocado que pinchar. Solo entonces oí con claridad la voz de Serafín el Basurero. Y habló con la majestad de quien deja hecho un encargo que no se debe traicionar.

–El año que viene, que les pongan más canela. Díselo a la cocinera.

Luego arreó al caballo, que se arrancó ausente, fiel a su costumbre distraída. Pero no había dado ni tres pasos cuando lo detuvo. Vi a Serafín forcejear intentando aflojarse el chaquetón. Poco a poco, al modo de un mago inseguro que obrara de espaldas a su público, hizo surgir de entre las ropas una enorme estrella. De su estela nevaba un polvo de oro que fue a asentarse sobre los hombros del Basurero mientras la volteaba por encima de la cabeza. Volviendo grupas hasta ponerse nuevamente junto a mí, la hizo descender hacia mi mano.

–Se cayó de la iglesia. Si a ti no te vale, mañana va al carro.

Me quedé con la estrella. Y hube de dejar la cazuela sobre la nieve para abarcarla. Por la carretera nevada Serafín y Gaita fueron perdiéndose en la oscuridad hasta que la noche fue de nuevo un eco lejano de cascabeles.

A la luz de la farola, también yo resplandecía de purpurina en el abrazo de la estrella.